

yendo una novela de Huxley o de Virginia Woolf, porque esas no son novelas sino capítulos de ensayos sobre aspectos de la vida humana escritos por seres superintelectualizados. Escribir novelas, contar lo que es esta vida, con su emoción, con su alegría o su tristeza, en el drama o la tragedia cotidiana, me parece otra cosa. Los caudalosos narradores que asombraron al mundo son aquellos que escribieron perseguidos por la vida misma, a tal punto que confundían sus fantasmas con los seres que encontraban en la calle. La habilidad de saber hacer hermosas frases no es siempre credencial de novelista.

Por lo menos así nos parece en el caso de Luz de Viana, autora de estas novelas cortas que Zig-Zag acaba de publicar con el título de «No sirve la luna blanca».

<https://doi.org/10.29393/At240-91VLDII0091>

EL VIAJE LITERARIO.

Hemos recordado muchas veces leyendo este libro de Domingo Melfi, aquel bello prólogo que puso Maupassant a su novela «Pedro y Juan», porque es precisamente aquí donde Melfi ha demostrado mejor que en ninguna otra ocasión los finos kilates de su espíritu de artista y de esteta para apreciar diversos aspectos de nuestra literatura.

En este libro, Domingo Melfi cumple con los requisitos que pedía el novelista francés como actitud crítica ante la creación artística. Es decir, apreciar con un criterio profundamente humano y con serena objetividad, las causas y efectos de la creación literaria, tomando en cuenta además el valor estético de ella, las circunstancias de vida que rodean al hombre que ejerce la función del arte, sin olvidarse de considerar la diversidad de temperamentos y tendencias que pueden influir en la creación artística. Y es esta la única posición que le corresponde al crítico si no quiere exponerse a incurrir en continuos errores o a que sus juicios se disuelvan en el aire y no tengan ninguna consecuencia futura.

En «El viaje literario» que acaba de realizar el autor, sin seguir ningún orden cronológico, ha tenido el buen gusto de alejarse de todo alarde de erudición o de preceptivas estéticas, para seguir únicamente el camino de la sensibilidad, sin otro ánimo que el de contarnos sus hallazgos y las hermosas incidencias de su paseo, consiguiendo de este modo darle un alado encanto a sus breves ensayos. Hay en todo el libro un tono cordial, una efusiva comprensión, un ameno discurrir que hace que el lector llegue al final del volumen sin darse cuenta de que ha devorado sus páginas con esa grata avidez del viajero que va de sorpresa en sorpresa, en un camino sin fatiga. Ha querido el autor, como lo dice en su breve nota preliminar, captar los motivos más salientes de esta fuga del tiempo que nos obstinamos en detener. Y la evocación, en el conjunto del libro ha resultado como una agradable invitación a continuar el viaje, a seguir en busca de nuevos y felices encuentros en que se experimente ese gozo de conversar con un amigo a quien conocimos personalmente o a través de un libro, en el cual siempre hay también mucha de esa intimidad que el artista entrega a los matices de su creación.

Tal vez en ningún libro, anterior a éste, habíamos leído páginas de tan bella originalidad como las que ha escrito Melfi, al referirse a la vida de Darío en Chile. No sólo vemos aquí al poeta en su desgarradora soledad sino que, poco a poco, vamos sintiéndonos cogidos por el ambiente de la época. Experimentamos la angustia del viajero que llega a la estación de la Alameda y no encuentra a nadie quien lo espere, hasta cuando aparece un elegante señor que después de una fría y decepcionante presentación le dice que seguramente no le convendrá la pieza que le ha tomado en un hotel de primera clase. Y Darío, millonario del talento, recibe de este modo el primer agravio de un millonario del dinero. La época está admirablemente captada, con breves notas de la ciudad, de las tertulias en casa de Pedro Balmaceda y detalles del ilusionado fervor que

animaba a los jóvenes escritores que fueron amigos de aquel genio de nuestra América. En estas páginas, Melfi logró poner un mágico atractivo, una seductora evanescencia de recuerdos, una fina nostalgia de artista que ve cómo el humo dorado de los sueños juveniles se disuelve en las sombras inexorables de ese tiempo que no se puede detener.

Y en esta forma, sin palabras trascendentales ni juicios definitivos, Melfi, como un viejo nigromante perdido en el dédalo del tiempo, nos muestra su caja de paisajes maravillosos, en un lenguaje de sobria sencillez y de ricas sugerencias emocionales. Generosamente, no ha querido que algunos nombres se escapen de este libro que tendrá permanencia en nuestra historia literaria, y así vemos aparecer de pronto la silueta de René Brickles, con sus espaldas cargadas, con sus años decepcionados y sus ojos de mirar tímido e inquieto, como si buscaran un hueco por donde escapar. Así lo vimos también nosotros en una tarde que lo encontramos en el Portal, y habló con un aire de ensueño y de realidad, de sus novelas. Brickles es uno de los olvidados a quien el autor de este libro del cual damos cuenta, ha recogido como a uno de esos heridos que se quedaron extraviados en un campo de batalla, que nada esperan, porque tal vez nada desean.

Domingo Melfi ha cumplido una bella jornada de su viaje. Esperamos que la continúe para que nos muestre sus nuevos hallazgos, en esta original y bella peregrinación.

ESTA BELLA CIUDAD ENVENENADA.

Como en un terso espejo iluminado por los resplandores de su inspiración, Pedro Prado ha colocado en cada página de este hermoso libro, un soneto. Y cada uno de estos sonetos muestra las diversas facetas de su temperamento de poeta ensimismado en su música interna. Una sutil claridad le da a su emoción esa inquietud, esa vibración, esa angustia de la vida moderna, Pero